

MARÍA URZÚA

ASPECTOS DE LA BOHEMIA DEL PARIS DE 1962

EN PARIS, mundo de la libertad total, el espíritu no pierde jamás sus derechos. Todo lo que quiere nacer puede nacer, todo lo que quiere ser, puede llegar a luz.

La ciudad está construida en la frontera del sueño. En cada rincón de calle se abre una puerta hacia zonas irreales.

¿Qué es aquí lo verdadero, lo auténtico? Nadie podría decirlo. Lo irreal nos coge aun en las calles, pobladas de misterio; muy especialmente nos sucede en el París pobre, de calles estrechas y húmedas, en que las casas se inclinan unas sobre otras, como si quisieran tocarse. Y este sueño es de la misma esencia que el de la riqueza, el lujo y la alegría de la ciudad. Son expresiones diferentes de la misma vida, de una misma posición espiritual, un mismo símbolo.

De pronto todo es color de placer y luego se torna gris y triste. El sueño construye y entonces da brillo a las piedras, extraños resplandores a los réclames de neón. Pero si el sueño es destructivo, aun en medio de la multitud bulliciosa de Champs Elysées, coge la tristeza y una atmósfera gris envuelve el ambiente.

Todo se explica en esta ciudad.

La primavera es verdadera primavera. El 1º de mayo todos los semblantes se iluminan de felicidad como las tulipas "des Tuilleries". Los radios, los periódicos saludan con sus voces y sus mejores canciones a la "Primavera de París", al cielo de París. Se celebra la "Fête du muguet". Cada amigo, cada familiar, ofrece a los suyos un ramo de flor de muguet, enlazada a una cinta de raso blanca. Los estudiantes se disfrazan. Los artistas se reúnen en bailes de fantasía en Bellas Artes.

Aquí todo se explica. Jean Paul Sartre nos presenta el mundo al revés. A pesar de que hace muchos años el existencialismo pasó de moda, queda un snobismo absurdo, en el que participan muchos extranjeros. Juventud que podría reunirse en cualquier parte, baja al sub-

suelo por manía. En las caves cantan sus canciones y danzan sus danzas prehistóricas, porque allí se sienten en un universo anterior al nuestro. Allí toman conciencia de lo que son. Están en su casa, unos frente a otros.

París es el lugar en que el hombre sabe que puede ser simplemente él mismo, y por eso la ciudad atrae a todos los que están ávidos de libertad. Es, pues, la ciudad del hombre.

De aquí nacieron las ideas revolucionarias. Con ellas, todos los pueblos del mundo se conmovieron.

Hoy, un nuevo humanismo encuentra una expresión conmovedora en los medios intelectuales más diferentes de todas las sectas políticas. La civilización, la cultura, el pensamiento de París descansan en la soberanía del hombre. Por eso atrae como una amante a los creadores del mundo entero. Escritores, poetas, pintores, escultores, músicos, acuden persuadidos que sólo ocuparán el lugar que les corresponde cuando París los haya adoptado. Y esto ha sido siempre. Heine, Wagner, Picasso, Rilke, y con ellos mil otros, dejaron sus amigos, su patria, porque sólo están en su casa a orillas del Sena, en los cafés de Montmartre, de Montparnasse, de Saint Germain des Près, o recorriendo los bulevares del barrio latino, donde se oye tanto idiomas extranjeros como francés.

La atracción que ejerce París, no sólo está en la variedad de sus tesoros artísticos, en la calidad y el interés de sus espectáculos, ni aun en las mil posibilidades que ofrece a los espíritus curiosos. Ninguna otra ciudad entrega tanta riqueza a la inteligencia de sus hombres.

Pero por sobre todo esto, hay algo más esencial. Aquí el artista se siente en su propio reino porque está en un plano de libertad, de lo absoluto, de lo incondicional, lejano a todo prejuicio y a todo complejo. La inspiración nace en una esfera anterior a los imperativos del "yo". Respira el aire puro que estimula. Se quita la máscara que se le ha impuesto. Desaparece la caricatura de sí mismo, porque todos tienen derecho a mostrarse como son. Se respeta la personalidad y la ideología del prójimo. Nunca una mirada indiscreta persigue la extravagancia de ciertos transeúntes que posiblemente desean llamar la atención.

Se comprende entonces que aquí se encuentren en su patria los bohemios de todo el mundo, invadiendo los dominios del arte y de la literatura, y se comprende la nostalgia tan intensa que los tortura cuando se han alejado de París.

Ya en la Edad Media, los vagabundos improvisadores y músicos de los campos de la Touraine atravesaban cantando las llanuras floridas. Más tarde la bohemia llega hasta las calles de París. Recordemos el

perfil de François Villon, poeta vagabundo, que escribía sus poemas en un rincón malsano, bajo el frío y la lluvia, o improvisaba sus stanzas en la taberna, donde su bella elegida movía las caderas a todo el que llegaba.

Durante el Renacimiento, el arte reina como los reyes. Una fiebre de genio contagia a toda Europa. Francisco primero hace antesala en la imprenta donde se corrigen las pruebas de Pantagruel. Clemente Marot llega a ser el favorito de Diana de Poitiers, después de Margarita de Valois, lo que hubo de pagar el poeta con la prisión.

Ronsard funda, ayudado por su "pleiade", la gran escuela lírica francesa. A ella sucede la reacción de Malherbe y de los suyos, que sacaron del idioma todas las palabras exóticas que sus predecesores habían tratado de nacionalizar en el "Parnaso".

El bohemio Mathurin Régnier fue uno de los que más defendió la poesía lírica, atacada por la falange de los retóricos y los gramáticos. Los mismos que declaraban bárbaro a Rabelais y oscuro a Montaigne. Y fue Mathurin Régnier quien exclamaba indignado, frente a las costumbres de su época: "L'honneur est un vieux saint que l'on ne chôme plus" (el honor es un viejo santo que ya no se venera).

En el siglo xvii, de entre las filas de la bohemia aparece Molière.

En el siglo xviii d'Alembert fue encontrado recién nacido en las gradas de Notre Dame.

Los cafés del barrio latino fueron siempre verdaderos centros de arte. Afluyen a cualquiera hora del día, estudiantes de tantas razas, ávidos de acción, apasionados por la ciencia, y llegan también bohemios incorregibles, que unen íntimamente su miseria a la vida de los estudiantes. Por ellos pasaron Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Moréas, Banville, Morice, Sawa, Rubén Dario, y tantos otros, franceses y extranjeros.

En este barrio, los recuerdos laten en la vida de las viejas piedras. Pasando por la calle de Bellas Artes llegamos a la casa en que murió Oscar Wilde, en el número 13. El Nº 10 fue habitado por Corot, Merimée y Ampere, el 5 por Gérard de Nerval. En el Nº 12 de la calle Mazarin, Molière abrió en diciembre de 1643 "El Ilustre Teatro". Mazarin está unida por un pasaje a la calle Dauphine, también llena de recuerdos. Justamente a la salida del pasaje está el Tabú, cabaret que vio nacer el existencialismo cuando contaba allí Julieta Greco y Sartre llegaba con sus amigos. De aquí salieron las ideas de sus primeros libros.

Al lado derecho del cabaret, existe un edificio que perteneció a la duquesa D'Aubusson. Hoy el Hotel D'Aubusson es "Maison Meublée" (se arrienda por departamentos amoblados). La dueña es un ser muy

extraño. Posee dieciocho casas como ésta, y pertenece al gremio de los clochards. Desde el día en que vio morir a su hija bajo las ruedas de un camión, no se preocupa del dinero, y se ha convertido en Mecenas de los artistas. Algunos pintores viven en la casa graciosamente desde largo tiempo. Entre los habitantes, hay pues personajes tan extraños como ella.

El Pasaje Dauphine es el punto de reunión de los clochards del barrio latino.

El clochard es el vagabundo de profesión y el bohemio por excelencia. El Estado ha hecho todo lo posible por darle hogar y trabajo. Pero él prefiere su libertad, aunque sea miserable. No aceptaría a ningún precio dejar de vivir el grandioso espectáculo de la calle. Siempre se le ve en primera fila rodeando al músico ambulante que canta, acompañado de su acordeón o su guitarra; los números de circo: el oso bailando vals al compás de una música de boca, el hombre que vomita llamas o las numerosas ferias que se trasladan de barrio en barrio y que ofrecen tanta atracción al pueblo. La más brillante es la feria del trono, que abre sus barracas en la amplia plaza de Vicennes.

El indigente no es andrajoso. Va calzado en invierno con zapatos gruesos y cubre su cabeza con una boina o lleva gorra con visera.

A ciertas horas se le ve sentado en un portal comiendo papas fritas, recién sacadas del aceite. Este es el plato popular. *Les frites*.

La vendedora de fritas se instala en una esquina de la calle. Mientras revuelve con la espumadera las papas sumidas en el aceite hirviendo, la clientela espera ansiosa la envoltura de papel, que a manera de fuente se repleta de *frites*.

El clochard vive la poesía de París, y con ella su luz, reflejada en las aguas del Sena. Y cuando el cielo se apaga y el río entrega los últimos reflejos, junto al agua, bajo los árboles, tendido en un banco o en el suelo, reposa.

El clochard tiene algo de artista. Algunos viven siempre en contacto con pintores o escultores. Les sirven de modelo, los ayudan en sus ferias.

Se observa que no hay vagancia infantil. Las leyes sociales están organizadas de tal modo que al niño se le educa, se le ayuda y se le da una infancia alegre. Los niños no trabajan como adultos. Los jueves y domingos hay para ellos teatro de títeres en los parques.

En el pasaje Dauphine se reúnen los clochards a discutir sus problemas. También ellos tienen su código, establecido por ellos mismos.

En este lugar empezaron las masacres de septiembre de 1792. En 1830 y 1848 se levantaron barricadas.

Así, recorriendo estas calles, nos encontramos con recuerdos que

laten aún en las viejas piedras y que comparten la vida de los actuales bohemios y del hombre de la calle.

Para conocer pues la verdadera bohemia de París, es necesario recorrer día a día el Boul Mich, Saint Germain des Près, y las innumerables calles que se desprenden de estos anchos bulevares, con su muchedumbre cosmopolita, su juventud turbulenta, sus galerías de pintura, sus anticuarios, sus instalaciones de libros, siempre rodeadas por una multitud de aficionados y curiosos que rondan en busca del descubrimiento. Este barrio, en que bulle el arte, en que los artistas invaden los cafés. Pintores, escultores, grabadores, de rostros enjutos que nos dicen la angustia de su existencia cotidiana, la incertidumbre de la hora siguiente, pues se ven forzados a tomar una comida diaria, pero entregados al arte con todo su fervor, y con la esperanza de alcanzar un día la meta. Esto es cada vez más difícil. Son muchos los valores que permanecen en la incógnita.

Este año se hizo un censo en París y se comprobó que existen diez mil pintores desconocidos en la ciudad, que esperan la oportunidad de exponer. Pertenecen muchos a familias modestas. Conocen todas las privaciones, pero viven con la libertad de crear y con la alegría en el trabajo creador. Parece que en París no se crea en el dolor, sino en la alegría.

Existen 400 galerías, 120 salones, 50 premios.

Para el pintor joven, sin posibilidades financieras para exponer en una galería, existen 80 salones. A la cabeza está el salón de Mayo, que consagra reputaciones, y el salón de Tuilleries que invita a sus participantes. El salón es pues la única chance para el pintor ignorado.

En los cafés de Saint Germain des Près se dan cita, junto a los pintores y escultores, los intelectuales del mundo entero. A la sombra del campanario de la más antigua iglesia y junto a innumerables editoriales, librerías, galerías de pintura, negocios de anticuarios, es donde se produce el milagro de hacer vibrar esta atmósfera de arte, única en el mundo, tan necesaria para el artista, pues después de haberla saboreado, cree no poder ya vivir sin ella.

El café des Deux Magots está repleto desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde. Se bebe, se conversa, se discute, se habla de arte. Martyne y Roger Vitrac fundaron en 1933 el premio "Deux Magots". Constituyeron un jurado de trece miembros, escogidos entre los asiduos del café. El premio consistió en una suma de 1.300 francos, después ascendió a 25.000 fr.

En la Brasserie Lipp nació la idea del premio Cazes en 1935.

El café de Flore es tan concurrido que a las seis de la tarde no hay un sitio libre. Muchachos artistas, o simplemente bohemios, invaden la

terrazza. Se agrupan en la sala del piso bajo, repletan las avenidas, y llenan el primer piso. Juventud ávida de novedad, desprovista de prejuicios. La mayor parte se dicen actores, poetas, pintores. Juventud alegre, a pesar de sus preocupaciones, hacen del café de Flore, el café de la juventud ardiente, ambiciosa y esforzada.

También abundan rincones, donde los artistas se reúnen para estar entre ellos. Los hay en Gît-le-Coeur, en rue de Seine. Allí está el bistrot "Chez Constant". También otro llamado "La Palette". En el ángulo de la calle du Bac y la calle de la Universidad está el "Buisson d'Argent". Allí se juntan los críticos y los autores de las ediciones Gallimard y Julliard. En la calle Monsieur le Prince se encuentra "Le Prince Paul". Es el punto de cita de los dibujantes. Se bebe, se come comida fría, se cantan canciones francesas y sudamericanas, pues llegan siempre muchos sudamericanos.

De pronto sucede que nos encontramos en un café con personajes especiales que han llegado a las diez de la mañana y permanecen sentados en el mismo sitio hasta la hora de cerrar, al amanecer del día siguiente. Empiezan con una cerveza, siguen con un café y vuelven a la cerveza. Si por casualidad preguntan la hora y se les contesta "las once", interrogan aún: "¿del día o de la noche?"

Otro importante barrio de artistas es Montmartre, con su famosa "Place du Tertre". Aquí encontramos la gran feria de los pintores, donde se ofrece a vil precio telas que quedaron sin exponer en las galerías.

Montmartre nos presenta la bohemia de otros siglos, con bohardillas escondidas bajo los techos. Las callejas estrechas y sinuosas ejercen un extraordinario embrujo. Todo esto, frente a la vista grandiosa que presenta la ciudad desde la colina.

Un molino de viento, cuyas aspas no se mueven hace siglos, nos lleva a los tiempos de Regnard, que recreaba su vista con los numerosos molinos apegados a los flancos de la colina.

La Place du Tertre es un verdadero enjambre de pintores que trabajan desde la mañana a la tarde. Aquí se puede observar los nuevos peldaños del arte. Búsqueda insaciable del color y de la línea, lucha contra la agresión de las escuelas que no los aceptan. Pintores que han trabajado solos, tratando de fijar con el pincel todo lo que ven o creen ver, o que perciben como algo muy oscuro, pues todo alrededor de ellos se calla, y entonces se escuchan a sí mismos y escuchan su silencio.

Sienten que sus manos tienen el poder de evocar con el pincel las profundas resonancias de las sombras. Y combinan los colores en increíbles y ricos refinamientos para obtener gamas de negros y de azules,

de verdes secos y fuertes. Así lanzados por una fuerza poderosa, empiezan a hurgar en los misterios y a crear. Esqueletos que danzan, ojos que miran, lejos de los cráneos, disparados sobre una mesa. Estudios de figuras, de líneas, de color. Todo ese mundo nuevo del arte, que a veces no puede encontrar finalidad, pero del que otras veces brota a chorros, junto con la energía del color y de la línea, un fin, una meta sublime.

En Montmartre, los artistas son a menudo obreros, y los obreros son a menudo artistas. Obreros del arte y artesanos de la industria fraternizan en el ardor común del trabajo.

En la colina permanece aún el Cabaret del "Lapin Agil", que fue el punto de reunión de los grandes pintores de fines del siglo pasado y comienzos del nuestro. Las pinturas de Lautrec, de Picasso, aún decoran los muros antiguos, y el ambiente está instalado en esa época. Los artistas cantan antiguas canciones al compás de un clavicordio.

En los anchos bulevares de París, pintores jóvenes acostumbran dibujar con tizas de colores sobre el pavimento de las veredas. Firman y dejan su dirección. Esta manera de darse a conocer, resulta con éxito en numerosas ocasiones.

La muchedumbre transita sin tocar una línea con las pisadas. Existe profundo respeto por el arte.

También los poetas tienen su feria, en "Place des Vosges". Ellos mismos venden las revistas que llevan sus colaboraciones. Poetas jóvenes deslizan entre las manos de los transeúntes, hojas sueltas donde han hecho imprimir sus poemas.

En la calle Bourgogne se encuentra el "Club de los Poetas", que dirige Jean Pierre Rosnay. Desde lejos una bandera que flamea invita a entrar. Luego, un gran aviso: "On y mange, on y boit, On y connaît les poètes d'aujourd'hui et ceux de demain".

Se abre la puerta, y nos encontramos con un mostrador-bar semi-circular en el primer ángulo de una sala en penumbra. Este mostrador, en su parte baja, es estantería, toda ella ocupada por libros. La mitad de la cubierta también se ha dedicado a la gran cantidad de libros que día a día llegan de todas partes. La otra mitad del mostrador está dedicado a los licores.

Grandes arcadas dividen la sala en tres partes. Una, la céntrica, mayor que las otras. Mesones rústicos se han repartido en las tres divisiones. En torno a estas mesas, se bebe, come y se conversa. Mientras, en un ángulo, los nuevos poetas franceses recitan sus poemas.

Este club tiene cuatro años de vida. Pertenecen a él cuarenta y cinco poetas. A menudo se abren concursos. El primero fue un premio

de un millón de francos, donados por la poetisa Anne Vanqui. Se ganó el concurso Jean Marc Pietri.

Entre los principales poetas jóvenes están, además de Pietri y Jean Pierre Rosnay, Jean Michel Desson, Bruno Schlemmer, Girard de Bauyon, Steve Delacroix, Pierre Loiseau. La más joven es Nathalie Navarre, de diecisiete años de edad. Ellos enviaron por mi intermedio saludos a los poetas chilenos, en un mensaje que dice: "A nos amis, poètes chiliens, avec toute notre confiance dans le destin de la poésie, qui est une et intemporelle". Jean Pierre Rosnay, "directeur".

Es interesante el hecho de que estos poetas que son de vanguardia, respetan a casi toda la generación anterior, y que fraternizan entre ellos aun cuando su posición política sea opuesta. Cada uno respeta las ideas del otro y sabe que no se pondrán de acuerdo

Pero hay algo en que concuerdan casi todos los artistas de la nueva generación, allá sean poetas, escritores, pintores, escultores. Para darse cuenta, es necesario estudiar hechos de la vida cotidiana, aventuras, anécdotas. Pequeñas cosas que tejen y que justifican su vida.

Los escritores no se satisfacen con el espectáculo del mundo que se nos ofrece. Algunos pasan la vida esperando. Esperando, sin saber si algo se producirá.

Escriben, pero esto no les basta.

"Lo que escribo, aseguraba un poeta, no es creación. Escribo mi impotencia de escribir. Vacilo en escoger entre todas las posibilidades que se me ofrecen. Si yo pudiera, si yo supiera escoger en mí como fuera de mí, dejar para siempre esta debilidad que me hace ver y juzgar todas las cosas posibles, daría un gran paso. Es el paso que no me decido a franquear. No me atrevo a renunciar a mi libertad vacía. Tengo miedo de extraviarme. Prefiero quedarme en esta zona de indeterminación, donde se es todo y nada".

Otro poeta decía: "¿Cuándo no deberé todo sino a mí mismo? ¿Cuándo lo que yo hago, corresponderá por lo menos en algo a lo que yo quiero? La verdad es que nada me importa. Que mis reacciones, mis cóleras, todo mi comportamiento, son tan extraños a lo que soy. El fondo de mí mismo, ¿qué es?"

Este poeta teme que los otros le impidan manifestarse. Sospecha un complot contra el que debe defenderse. Orgullo y falta de confianza en sí mismo. No lee. Tiene horror a la crítica y a los críticos. Espera la inspiración paseándose a orillas del Sena, acumulando pequeños recuerdos.

"Ayer en el café, contaba, se hablaba de literatura. Se disecaba, se aprobaba, se destruía. Me parecía oírles que todo lo que poco a poco yo construyo, se freía, se adelgazaba peligrosamente, y con un pretexto

cualquiera, salí. No puedo soportar oír hablar bien o mal de lo que amo ni de los que amo. Contar lo que se ha visto, lo que se sabe, pero sin llamado a las falsas reglas, a las tristes convenciones sin consistencia que flotan en el aire en todas partes, alrededor de nosotros, y a las cuales, sola se apega nuestra cobarde pereza. Esforzarse. Luchar. Pero contra nada. Sin objeto, siempre adelante, en un horizonte claro, sin límites ni muros. No detenerse tampoco en ninguna idea. ¿Crear que lo que es sincero es válido?, ¿que lo que agrada es válido? ¿Cuál es la diferencia entre lo agradable y lo hermoso?

"Todo es contrario. Sin leyes. ¿Escoger? No se escoge jamás, sino aparentemente, en esta vida inferior y normal, la de la odiosa mezcla de lo que soy, de la que tanto me cuesta separarme para mirarla mejor y reírme de ella. Porque más allá de ella yo me siento feliz, sin importancia, separado completamente de mi cuerpo y de los pensamientos del cuerpo, sin lazos, sin puentes, pero tan extrañamente".

Hablando de su arte, se oye decir a diario a los artistas:

"No puedo responder al desafío del mundo. Entonces me interrogo. Quiero ser una pregunta frente a la noche. Hay momentos en que no afloran a mi conciencia los eternos problemas de todos los hombres, y pienso que estos problemas no son sino una brisa en la inmensidad del ser. Es doloroso no tener, no saber. Aspiramos de modo confuso a un estado real del hombre, pero siempre en desequilibrio, puesto que el desequilibrio es la condición de todo lo que vive. Estamos destrozados, divididos".

No podemos hoy mirar a nuestro alrededor el vasto universo al que pertenecemos, pensando que cada una de las partes de materia que nos forma, comprende el reino de la eterna armonía. Estamos en la época de la tempestad biológica y de la tempestad espiritual, doblemente ofrecidos a la herida de la muerte. El arte es una forma de vivir esta herida de nuestra condición, para negarla, y no para olvidarla.

¿Cuáles serán en el futuro las nuevas experiencias que han de ponernos en contacto con el mundo sideral? ¿Qué manifestaciones nuevas aportarán las artes?

El proceso de los descubrimientos, ¿encontrará nuevas leyes?, ¿impondrá nuevos sistemas que han de determinar la marcha incansable de la civilización?

Todo artista se tortura con estas preguntas muchas veces.

Y ahora, para darnos una vaga idea del aspecto literario en Francia, pensemos que hay más de setecientos premios literarios distribuidos cada año. La Academia Francesa distribuye más de setenta premios anuales. Los principales son: el gran premio de literatura, que "re-

compensa una o varias obras de inspiración elevada y escrita en forma notable", y el gran premio de novela.

Entre los cuatro grandes premios de novela que conocen el mayor interés del público, está el "Premio Goncourt".

El premio Nóbel de Literatura ha sido otorgado a los siguientes escritores franceses: Sully Prud'homme, Frédéric Mistral, Anatole France, Romain Rolland, Henry Bergson, Roger Martin du Gard, François Mauriac, Albert Camus, Saint John Perse.

Muchos de los que alcanzaron la victoria, sufrieron también derrotas y miserias, para resultar al fin los héroes del porvenir. Junto a ellos, centenares de hombres y mujeres que entregaron su vida al arte, desfilaron y siguen aún desfilando por las viejas calles de París, sin saber si al final les espera el martirio.

Quiero recordar el famoso libro de Henry Murger *La vida de Bohemia*. Allí dice:

"Vida de paciencia y de valor, en que no se puede luchar, sino revestido de una fuerte coraza de indiferencia contra los tontos y envidiosos. Donde, si no se quiere tropezar en el camino, no se debe abandonar un solo momento el orgullo de sí mismo, que sirve de báculo. Vida encantadora y vida terrible, que tiene sus victoriosos y sus mártires, y en la cual no se debe entrar, sino resignándose de antemano a sufrir la despiadada ley del "vae victis".